

La genealogía de los tiempos

Hablemos de genealogía: no puede ser más que la generación de la historia de hombres, sustancialmente, pero de cosas que los señalan, determinan, o a las que señalan o determinan esos hombres.

Podríamos pensar en la urgencia de buscar los progenitores, los ascendientes de tales hombres, en cuanto de ellos se trata su estudio, pero no solo como seres singulares, sino los seres unidos a sus realidades y de estas, informando sobre sus influencias y determinaciones sobre los mismos.

Si se tratara solo de la genealogía de los tiempos modernos y los que le siguen, seguro que se tratará de descifrar la significancia del trabajo de esos seres y las relaciones definitivas que los trazan e iluminan. Esas determinaciones y sus proyecciones son la razón misma de los tiempos contextualmente producidas. Si hay enigma político, social, económico, ese es el enigma y si no lo hay, es porque se ha resuelto no solo el origen y el nacimiento del enigma, sino su diferencia o lejanía-cercanía con el origen.

Vayamos a la genealogía de los períodos históricos que liberan la opresión del laberinto. Estamos obligados a pensar a esa genealogía como portadora de las singularidades de los acontecimientos, lejos de toda repetición finalística, monótona y simplemente semiológica.

No es solo encontrar los sucesos menores que pasan hasta inadvertidos, sino entender su reaparición constante, en cada ser, en cada grupo, con sutilezas y diferenciaciones, pero con eterno retorno esencial. Allí es donde debe buscarse las diferencias que siempre están y sin o están, alcanzar a advertir las razones de sus ausencias; y si es posible entender o construir las circunstancias por las que no estuvieron presentes y así, conseguir una relación íntima, en presencia o en ausencia de las causalidades estructurales que escribieron tal proceso. No hay suceso sin explicación, aunque el laberinto de los acontecimientos aparezca como tan intrincado, que no permita en directa reflexión, sus racionales comprensiones reflexivas.

Pero hemos aceptado el método de la genealogía y entonces corresponde penetrar hasta la intimidad de cada suceso y no terminarlo en la idealidad de ser intérprete del sujeto individual designando él mismo su destino y su sentido. Allí están las búsquedas iniciales de verdad infinita, calacada de su propio pensamiento, pero solo involucrada en la claridad certera de su causalidad estructural.

Se impone que estrujemos otra vez el pensamiento nietzscheano y aceptemos que así, nos hemos comprometido en un “inmenso campo de trabajo”.

Es 1882, tiempos tormentosos de Nietzsche y Lou A, Salomé, pero también tiempos de pasión y borrasca. Se anticipan a la creación de Zarathustra y allí es donde Nietzsche señala convencido que los hombres, han de “hacer lo que le conviene a la conservación de la especie humana”, porque al fin y al cabo, ese instinto “es precisamente la esencia de nuestra especie, de nuestro rebaño...” (Nietzsche, *La gaya ciencia*, Libro primero párrafo 1).

Pero él sabe que corresponde esta simplificación despectiva y caracterizadora de “nuestro rebaño”, en cuanto se trate de “los muchos”, porque aún cuando resida en ellos sus voluntades de poderío, cada una de sus inclinaciones, de sus potencialidades, han de exhibir ignorancias y sombras. Allí estarán pasiones y potencialidades que irrumpen y designan su trazado en la vida.

Esa es su sombra: se trata de entender razones, representaciones y conceptos de las cosas, para cada uno y sus asociaciones. Pero Nietzsche medita que, al menos con su método, "...hasta ahora todo cuanto ha dado calor a la vida carece de historia...". Es cuando pregunta dónde está la historia del amor, de la codicia, de la envidia, de la conciencia, de la crueldad, de la compasión (*La gaya ciencia*, párrafo 7).

Se apunta a esa nueva fuerza incontenible, hasta ahora racionalmente extraña de la subjetividad, pero Nietzsche ha vislumbrado una potencialidad infinita que aún no ha sido calculada, ni mostrada como dominante y expansiva.

Se pide a la ciencia que la pondere, porque hasta aquí la historia no ha edificado aun estas construcciones ciclópeas, que seguramente encontrarán el tiempo, el día en que se edifiquen...

Es bueno recordar que allí en *La gaya ciencia*, se advierte la importancia de tales subjetividades, como condiciones reales de existencia..., y se le pide a la ciencia que sea ella la que produzca el anclaje del origen esencial.

Se trata de ir a los orígenes, o tal vez a descubrir el nacimiento de las aguas en sus raíces para el desplazarse tormentoso del río, que sabe que allí va la vida nueva.

Nietzsche vuelve, en tiempos también tormentosos de su propia existencia a saber que debía comprender los complejos de los sentidos que dictan las explicaciones de todos los procederes y meditaciones de los hombres y también de los suyos, en esas edades de Lou Andrea y de sus tribulaciones de 1882, a creer que debía encontrar rumbos estudiando el origen del conocimiento; el de la ciencia como dice "al preludio de la ciencia"; es pensar entonces, en todo lo que habrá de suceder en el "prae" del latín "antes" y "ludere" (jugar); será acordar sobre el principio de una cosa, que abre la sinfonía de la totalidad. Para hallar el tránsito hacia el todo, la totalidad hegeliana, el destino final de la multitud edificando su esperanza liberadora.

Volvamos entonces al párrafo 110 de *La gaya ciencia* presentir y hasta conjeturar alguna señal del origen del conocimiento.

Allí Nietzsche nos explica que durante largas edades la inteligencia no engendró más que errores, pero que estos erróneos artículos de fe, que se prolongaron históricamente por transmisión herencial, llegaron a formas como un fondo y caudal humano.

No sería superfluo que asociáramos a esta aseveración, el caudal de conocimiento que en tales condiciones se fueron acumulando en nuestras generaciones originarias, que aún hoy construyen desde allí, sus relaciones vitales y las proyecciones vitales que los unen a sus trazados de vida. Ese es su fondo y caudal histórico-existencial.

Desde allí, es desde donde Nietzsche explica que surgieron sus verdades, a las que designa, como la forma menos eficaz del conocimiento; es por ello que cree que tal fuerza de conocimiento en el grado de verdad que ella contenga, sino en su historicidad antigua, en el nivel de aprehensión que fue posible en esos serres.

Es que la verdad es una categoría de sensible relatividad y allí se instaló la relación antagónica que midiera la ciencia creciente del conocimiento nuevo y anulase, hasta con vergonzosa cadencia, el poder de los instintos. Así viene a consideración la presencia de la razón, como mediadora, poderosa, concebida como una actividad libre, definitivamente autónoma. Pero esta especulación, apenas podía durar un pequeño período histórico.

También la verdad, como los hombres que vinieron a imponerla “...aparecieron dependientes de los viejos instintos y los fundamentales errores de toda vida sensible...” (*La gaya ciega*, párrafo 100).

Pero Nietzsche, en este mismo párrafo va a depositar otro atrevimiento fundamental, midiendo en él mismo la profundidad increíble de su creación teórica. Nos habrá de enseñar que “...no solo la utilidad y el saber, sino toda clase de instintos, tomaron parte en la lucha por las verdades, y la lucha intelectual se trocó en ocupación, deleite, vocación, dignidad...”

Aquí está la vocación relacional de saber e instintos para alcanzar la verdad, ese destino esquivo y requerible, que llevó al ser humano a operar, ...(ilegible) dignidad... Todo esto, conocimiento y búsqueda de la verdad, no fueron una sola y única búsqueda, aunque fueron significativas, sino una necesidad básica, entre otras, sabiendo que allí reside, antagonismo, autonomía, liberación, es decir, destino y construcción de nueva historia.

Nietzsche remarcará que no solo se trata de fe, convicción personal, sino también de examen, reflexión, negación, afirmación, dudas, contradicción; se trata de todas esas categorías del ser, que desde potencias subsumidas al conocimiento, deben adquirir el prestigio de lo lícito, de lo eficaz, de lo querido, como constelación del bien esperado por el individuo.

Aquí es donde ese conocimiento se conformó como parte de la vida del individuo, en la cual para darle consistencia a la potencia mayor de cada ser, el conocimiento y el error chocaron, se antagonizaron, pero sobreviviendo, residiendo en el mismo hombre.

Nietzsche sabe por su creación que todo pensador es el ser en el cual, el instrumento de la verdad y los errores históricos instintivamente adheridos que conservan la vida, están en conflicto, sobre todo cuando la verdad tiene necesariamente que ofrecerse, aún en su relatividad, como una potencia resguardadora de la existencia, en el tenor de certeza aceptado para tal instante.

Este conflicto antagónico, del instinto de verdad y de los errores de los demás instintos germinales, originarios, resulta esencial para el ser ponderado, porque en él reside la perspectiva de observar a la verdad, como el grado determinante de toda experiencia a la que nos referimos. Nietzsche radica allí, su capacidad de circunscribir la “primera tentativa” para responder a la pregunta, sobre la asimilación, introyección de la verdad.

Aquí está, sin transgresiones el aparato prospectivo de la interpretación. Se trate de lo que se trate. Se localiza en el universo exclusivo del individuo, del ser, como capacidad única, de toda transformación. Nietzsche es fiel a su plena convicción del ser, como depositario de verdad, instinto y transformación. Pero es necesario refirmarlo, se trata solo y fundamentalmente del ser...

Entonces debía llegar otro enfoque originario, ese que intenta anclarse en los argumentos que le otorgan distinciones germinales a la lógica de toda inclusión explicativa, cierta, certera, de aquello que identifiquen de donde viene tal concatenación de pensamientos, dudas, afirmaciones y nuevas dudas. Pero de todas formas, de lo que se trata, tal como lo designa *La gaya ciencia*, en su párrafo 111, ahora se vincula al origen de la lógica.

Como se sabe, hablamos de toda consecuencia normal, mejor decir natural y legítima, de cualquier acontecimiento, suceso, pensamiento, cuerpos antecedentes explica justificación de lo sucedido, lo sabido, lo comprendido, o lo reflexionado desde el saber crítico.

Allí es donde Nietzsche coloca un razonamiento dialéctico tenso, porque la formación de la lógica en el ser, en el hombre, solo es pensable, desde lo ilógico, que para el filósofo alemán, es siempre inmensamente primitivo.

Aquí es donde Nietzsche nos indica un razonamiento, otra vez sorprendente, porque enseña que quienes desde cosas parecidas que recibía, intuía, o reconocía y desde allí deducía igualdades, tenía posibilidades de crecer en duración vital.

Era como señalaba Nietzsche, solo y en definitiva una propensión ilógica de la realidad, porque para el pensador alemán, no había cosa que fuera igual a otra, pero desde tal aproximación, ese pensamiento le servía al ser incluido en el conflicto, la posibilidad, al menos de contribuir a edificar los cimientos de la lógica.

Claro, en definitiva se trata de lograr, así lo piensa Nietzsche, de creer decididamente, que era posible sentir que no fuera aceptable, o aprobar como cierto, lo que hay de cambiante en las cosas.

Los que pensaron y creyeron en tal inmutabilidad, se transformaron; fueron seres privilegiados; no había para ellos fluctuaciones de las cosas, porque jugaron las perspectivas tendenciales de escepticismo y así, lograron hacer desaparecer un gran peligro para sus vidas.

Así buscaron conservarse como seres vivientes, afirmando convicciones, deducciones, razones, sobre las cosas; sentirse firmes en ellas, antes que esperar ratificaciones, dubitaciones de ansiedad y terror; afirmar y amplificar, dice Nietzsche antes que esperar, "...aprobar antes que negar..." (*La gaya...* párrafo 111)

Nuestro cerebro sigue asistiendo al proceso claro, de una lucha de instintos lógicos e injustos y de ella solo percibimos los resultados. No es más que la lógica de nuestro conflicto.

En Nietzsche aun faltaba el tercer origen que ha de imprimirse en el cuerpo entero de los hombres y entonces llegará reducida en voces breves, esenciales en el párrafo 300 de *La gaya...*, solo presentada como un simple Preludio.

El pensador ha de buscar el nacimiento del curso de la ciencia, en predecesores esotéricos, ocultos; manejadores de filosofías y técnicas escondidas, solo brindables a los elegidos, que serían sus continuadores de esos misterios infinitos e interminables, cargados de negras historias milenarias.

Es así que Nietzsche convocará como predecesores infaltables a magos, alquimistas, astrólogos y hechiceros, pero sabiendo que esa convocatoria congrega a quienes "...tuvieron que empezar por engendrar con sus promesas y ofrecimientos engañosos la sed, el hambre, y la afición a las potencias ocultas y prohibidas..." (*La gaya...* párrafo 300).

Es por eso que estaban los magos, esos seres coronados de la clase sacerdotal para la religión zoroástrica, hacedores de cosas extraordinarias, hasta inverosímiles, de corte admirable y deslumbrante.

Los acompañaban los alquimistas, aquellos percibientes de los astros, cuyas ciencias de imaginación y delirio, tal vez mejor de ilusiones oníricas, las llevaría a encontrar desde infinitas posiciones de sus astros observados, la iluminación del destino de los hombres y aún de los dioses.

No pudieron faltar a la cita, los hechiceros, como voluntades preparadas a impulsar sus poderes otorgados por el diablo, o cualquier otro ensueño poderoso, por otros maléficos o benéficos para determinar el destino de otros seres bajo sus influjos.

Sin ellos Nietzsche cree que las ciencias no habrían podido constituirse, porque desde ellos debían aproximarse promesas infinitamente más amplias que lo cumplible y desde estas desmesuras podría realizarse algo en la esfera del conocimiento...

Por eso es que piensa desde el preludio de la ciencia, sus primeros ejercicios, llegados desde tales religiones, sueños, ilusiones, intuiciones y preanuncios extraños, lo profesa, diciéndonos que esas escuelas, esas religiones diferentes, enseñaron "...al hombre a tener hambre y sed de su propio yo, a sustentarse y fortalecerse consigo mismo..."

No es un ingenuo que señale hambre y sed del propio yo, ni que se busque sustentarse y fortalecerse "consigo mismo..."; es el camino del sueño individual, egoísta del ser como teleología inevitable. Se une la Pro Domo Sua. Aquel discurso de Cicerón que nos lleva a significar el modo egoísta de la acción humana referida.

Tañ vez para enseñar otros vuelos, o para enfrentar las ilusiones terrenas que la ciencia debe iluminar, no es tampoco ingenuo que Nietzsche invoque de inmediato a Prometeo, el dios del fuego, ya que lo robó del cielo y se lo entregó a los hombres, sufriendo el calvario que le asignó Zeus, encadenándolo en la roca y volcarlo a la furia del águila emponsoñada con su hígado.

Pero Nietzsche llega más allá, porque esa invocación prometeica, le permite indicar que ese robo y padecimiento por la luz, lo llevan a descubrir, que es el propio Prometeo, el que "...había creado la luz al desearla y que, no solo el hombre, sino también el dios, eran obra de sus manos de arcilla..."

Pero esta bruma poética nietzscheana, creadora y visionaria llegará aún más lejos, porque para él, esas "imágenes del imaginativo", fórmula cuajada de promesas y de haceres, van a ser comparadas con la locura, esa sombra que ronda su destino; con el robo, tal vez con otra cadencia que el simple acto de apropiación; el Caucaso, a lo mejor por sus alturas y glaciares o tal vez porque allí se vivió la agitada historia de la región, o porque explica las distancias que su separación denuncia entre Europa y Asia; el águila, ese animal heráldico, digno de los blasones que esgrime, los escudos plenos de gloria y honra, cubiertos por su vuelo exquisito, su orgullo y selectiva figura exigente; y al final toda la tragedia de Prometeo el creador de la luz y el sacrificado de la roca, en espera de su Hércules salvador de sufrimiento y dolor casi trágico.

Todas esas imágenes que delimitan el imaginario de la civilización conformándose, requieren de la persecución del conocimiento que la ciencia promete descifrar. Para Nietzsche allí llegará la certeza de la vida, a la que encuentra más apetecible y misteriosa, en combinación extrema y liberadora, desde que fue visitado por la gran emancipadora, esa idea de que "...la vida podía ser un experimento del que persigue el conocimiento y no un deber, ni una fatalidad, ni un engaño..." (*La gaya...*, párrafo 324).

La vida, en la concepción nietzscheana, es un mundo de peligros y victorias, donde los sentimientos heroicos tienen su lugar entre las danzas y los juegos... Es el mismo párrafo 324, en el cual la vida será convocada como un medio para el conocimiento, para anidar en el

corazón estas razones de existencia y poder así vivir “...no solo con valor, sino con alegría y reír alegremente...”, aunque para ello, debe concebirse aciertos en la guerra y en la victoria.

Así lo seguirá experimentando el creador de Zaratustra, al desarrollar su intencionada interpretación del origen de las religiones. Lo vuelve a hacer con su convicción inquebrantable en su sentido de la vida; al saber que también las verdaderas invenciones de los constructores religiosos, todo comienza con dictar una determinada manera de vivir, disciplinando costumbres para que operen como disciplina de la voluntad, ordenando sentires y discursos, para darle a la vida, así los expresa Nietzsche “... una interpretación mediante la cual aparece rodeado de la aureola de un valor superior, de modo que se convierte en un bien, por el cual se lucha y a veces se sacrifica hasta la misma vida...” (*La gaya...*, párrafo 353).

El filósofo de la vida, reclama su fundamento, en descubrir antes que nada “la manera de vivir...” y así es que entregará a su tiempo y sus estudiosos, seis años después de *La gaya...*, esa provocación profunda que llamó “*El Anticristo*”, no obstante haber pensado en 1882, que Jesús, “...observó a su alrededor la vida de la gente baja de las provincias romanas, la interpretó, le dio un sentido superior y así infundió a los hombres el valor preciso para despreciar cualquier otro género de vida...”. Era Jesús y a él, el crítico severo, le otorga, al Hijo de Dios, la influencia suprema, de religiosidad infinita, para transmitirle a sus hermanos, “...aquella secreta y subterránea confianza en sí mismos, que creció sin cesar hasta que se puso en condiciones de vencer al mundo. Allí Nietzsche señala, de vencer al mundo, es decir a Roma y a las clases elevadas del imperio. Sin embargo, no hay que descifrar demasiados enigmas para entender que esos hermanos, serán los pobres, “los muchos”, con sueños y pasiones, como dolores y esperanzas “del rebaño...”. Así lo repetirá después Nietzsche, sin descanso, aunque aparezcan entonces reglas jerárquicas distintos, de pensamientos aristocráticos, duros, densos, que no lo abandonaran y le servirán para sentir como inevitable la llegada del superhombre.

Es necesario llegar a la base estricta de la razón última. Nietzsche deposita la esencia de su verdad final, en la vida y por lo tanto en la razón estricta del individuo, volcado a su propia explicación y decisión de vida.

Escuchemos dos partes esenciales del párrafo 354 de *La gaya...* La primera está referida a “la conciencia de sí mismo...” y allí es que nos explicara, primero que la delicadeza y la energía de la conciencia están en relación con la facultad de comunicación del hombre y aquel individuo, ser único que “...sobresalga en la comunicación y explicación de sus necesidades ha de hallarse reducido, ..., a depender de sus semejantes para la satisfacción de dichas necesidades...” (*La gaya...*, párrafo 354).

La segunda opinión nietzscheana, nos advierte, también en el párrafo 354, “que la conciencia no forma parte de la realidad del ser individual del hombre, sino de aquello que corresponde en él a la comunidad, al rebaño, y que, por tanto, sólo se ha desarrollado sutilmente en lo que guarda relación de utilidad para la comunidad y el rebaño...”.

El concepto de vida del ser nietzscheano, no transige con su despectiva interpretación de la comunidad, expresada como rebaño. Su decisión, advertible hasta el sacrificio, aquel de Zaratustra, solo puede admirarse desde el único ángulo de grandeza que ofrece el enfoque insoslayable del ser en sí mismo.

Entonces son válidas sus apreciaciones terminantes que señalan, que “...cada uno de nosotros, a pesar de su deseo de comprenderse a sí mismo todo lo individualmente posible, a pesar de

su afán de conocerse a sí mismo, no adquirirá jamás conciencia más que de lo no individual en él, de lo que sirve de medio...”.

Se busca el límite y allí Nietzsche solo lo entiende como la voluntad de conocerse a sí mismo, de comprenderse individualmente, en tanto que el carácter propio de la conciencia, el genio de la especie, que es quien lo gobierna, solo lo limita a la perspectiva del rebaño.

La vida, la existencia del ser individual, es el destino indeclinable nietzscheano y por el contrario la adquisición de la conciencia, sólo será posible de producir “...como una grande y radical corrupción, una falsificación, una vulgarización, un rebajamiento...”.

Los orígenes buscados en la construcción nietzscheana, no tienen clemencia, van en búsqueda de la vida individual inmensa, recia, sin dobleces; lo demás, el acercamiento a lo común, a la conciencia que nos relaciona con “los muchos”, solo es la claudicación corrupta, la falsificación, que otorga la vulgarización, el rebajamiento intolerable del rebaño. No queda otra salida jerárquica, que la del superhombre, porque para más, Dios ha muerto...!

Pero queda un reparo sutil que advertir; tanta búsqueda de origen, termina otorgándole a Nietzsche la alternativa de creer, de percibir que no hay nítida identidad originaria en las cosas del ser y sus relaciones o tránsitos; ellas se presentan como discordantes, tumultuosas, diferenciadas y además cambiantes hasta cuando se las localizan. A este caos, o al menos alboroto gerencial es al que Michel Foucault lo llamó las solemnidades del origen, esa identificación casi inasible, diferente. Nada puede estar como explicación del ser, al que hay que buscarle y hallarle nacimiento, pero olvidar que el propio Nietzsche enseñaba “...a la puerta del hombre está el mono...” nada más parecido que a la búsqueda laberíntica de Carlos Marx.